

El Baluarte

Agencia núm. 9
MADRID
Albert

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7 1/2
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NUM. 214

Sevilla—Miércoles 17 de Septiembre de 1902

AÑO XXVI

Como el año pasado

Leyó el ministro de Gracia y Justicia el discurso de apertura de Tribunales.

No importa el tema, ni queremos comentar las conclusiones. Un documento más para el archivo. Un año más combatiendo a la lógica y al sentido común. ¡Apertura de Tribunales! Parece como reanudación de la justicia, función permanente que el doctrinarismo se ha empeñado en mixtificar.

La erudición de que hace gala el actual, su antecesor y sus sucesores, mientras perdure el régimen de ficción en que vivimos, será siempre la misma.

Erudición prestada por algún funcionario obscuro, que si fuera mal intencionado, pondría en grave aprieto al que se viste generalmente con plumas ajenas, porque en España se da generalmente el caso de que la misma persona que rebusa antecedentes, ojea infolios, facilita datos y aporta elementos a un marqués de Pidal ó a un marqués de Vadillo, se los facilita al ministro actual ó a otro Montilla de pujos tan radicales como el antiguo redactor de *Los Debates* y modesto empleado de la administración económica de Valladolid.

Así tienen nuestras leyes siempre el mismo tufillo y el mismo gusto frívolu y acentuado sabor carcadu.

La apertura de Tribunales es una fiesta de togas y uniformes, una ceremonia etiquetera, sin trascendencias en el orden jurídico y que no llega más allá que los bombes periodísticos del día siguiente; por eso se aplaudea todos los discursos y se elogia a todos los ministros, pero la transformación jurídica no se ve por ninguna parte.

Es preciso acabar con esto y suprimir las llamadas vacaciones de los tribunales superiores, únicos que las disfrutaban; y que los ministros, ó los secretarios, ó los representantes del poder público, en vez de estas solemnidades de rúbrica, mandadas retirar por anticuadas y contra-productas, se consagren a una obra legislativa de verdad, en que desaparezca el aplauso de gentes remuneradas y brille lo que interesa a las muchedumbres hambrientas de justicia.

El programa se ha cumplido, y de la memoria del fiscal hemos sacado como consecuencia que si disminuyen los pleitos, en cambio aumentan lastimosamente la criminalidad, y esta sí que es la obra de nuestro régimen y de nuestro sistema; y éste sí que es el verdadero aprendizaje para los que lucen galas oratorias sin ver más allá de lo que tienen delante de los ojos de la cara, porque su entendimiento, ó está atrofiado, ó las conveniencias de seguir dominando los impiden ver otra cosa.

Descendemos aumentando la criminalidad, prueba evidentiísima de que la abyección sigue dominándonos é imperando con absoluto dominio.

Por algo aumenta la frailería y la hipocresía gazonosa se extiende en la medida que progresa el jesuitismo estetista.

Sigue la monarquía haciendo su labor y destruyendo las fuerzas de este pueblo, cada vez más decayido de ánimos y cada día más sometido a la servidumbre de un poder teocrático y clerical.

Adelante, señores doctrinarios. Seguid con vuestras fórmulas de aparato escénico, que el cordero con piel de león parece sentir los efectos de la calentura del rey de la selva; pero no olvidéis que puede sacudir la melena y desperanzándose de ese sueño febril, de ese marasmo de muerte, en un arranque de sus poderosos músculos, de buena cuenta de todos los que le habéis reducido a tan triste estado, y que inicua mente os burláis de su enfermedad.

Acabarán las fórmulas del convencionalismo para abrir ancho camino a la verdadera forma de la justicia y del derecho, sin vacaciones y sin discursos grandilocuentes, pero con maximas y preceptos de justicia y de equidad, igual para todos y bien distribuida.

A. A.

Murmuraciones

Indudablemente es bueno el señor Gobernador que nos echan hacia acá desde Toledo.

Y me fijo para decirlo anterior en que allí lo han despedido con un banquete.

Y a quien no se le quiere bien no se le da de comer.

Con el duque de los Abruzzos ha sucedido... digo, no, con motivo de la visita del duque a Barcelona, ha habido un serio disgusto, porque estos monárquicos españoles cada día son más torpes.

Agasajan al duque, por donde quiera que va, los Ayuntamientos en pleno, porque en él ven solamente al hombre de ciencia, al atrevido explorador que ha logrado, en su expedición al polo Norte, colocar la bandera de su patria más allá que otro alguno.

Y para agasajarlo y rendirle admiración acuden todas las personas, sin distinción de ideas, porque la ciencia nos une a todos para un mismo fin.

Pero estos señores monárquicos, como están faltos de simpatías en todas partes, en cuanto ven junto a ellos a cuatro personas independientes y con camisa y conciencia limpias, al momento ordenan tocar la Marcha Real...

Eso sucedió en Barcelona, y por eso Odon de Buen y algunos otros prohombres republicanos se levantaron airadamente para no tolerar, ni por cortesía, que se les sume a los partidos de la Marcha Real, porque al son de ella se han perdido las colonias y las esperanzas de redención.

Hay quien los acusa de descortesías... pero estimamos nosotros que la descortesía estaba de parte de aquellos que adulteran todos los actos, por nobles que sean, para adornarse con plumas de pavo real.

Hubiera estado bien un himno nacional, algo que fuera genuinamente español, aunque hubiera sido la jota aragonesa, pero no esa cansera, que nada glorioso nos trae a la memoria, sino únicamente que... hay que pagar la contribución para que nuestras insituciones monárquicas puedan abarrotar de oro las arcas del Banco de Londres.

¡Vayan a la porra esos señores monárquicos que a todas horas y en cualquier momento y con cualquier motivo, se humillan lacayunamente a besar las chancas virtuosas de la monarquía!

Ayer, y con motivo del anuncio de la visita de los coros Clavé, entró en el Ayuntamiento un corredor ó mandadero del dueño de una Casa de Huéspedes, y tropezándose con un concejal, le dijo:—Yo vengo a poner a disposición del Ayuntamiento doscientas camas para la irrupción de catalanes que se espera.

Como estuviera el concejal Juliá presente, dijole enseguida:—Dígale al dueño de la Casa de Huéspedes que venga a entenderse directamente conmigo. Excuso decir a mis lectores los guiños significativos que se hicieron todos los que se hallaban presentes durante la conversación.

Un teniente de Alcalde contestó:—Usted no es quién para entenderse directamente. La Comisión encargada de estas cosas es la llamada a resolver.

[Cuando le digo a ustedes que los coros Clavé van a traer cola en Sevilla!]

Porque Juliá, como si lo viera, tratará por cuantos medios le sea posible darle a los coros Clavé acatilleno a todo pasto.

[Para cobrar algo!]

Nuestro virtuosísimo arzobispo, antes de partir para la peregrinación en primera clase, ha querido llamar la atención de las hermandades y cofradías que, mediante diversiones y espectáculos profanos, tratan de reunir dinero para Dios.

Así lo dice este virtuosísimo archipámpano: al dinero que reúnen las hermandades para sus juergas místicas le llama *dinero de Dios*.

Confesamos que, salvos los errores de apreciación en los conceptos emitidos por su eminencia, que todos huelen a rancios, la idea que predomina es digna de alabanza, porque niega

—¡no impide!—su aprobación a esos actos escandalosos en los que, llevando por muleta a la Virgen de tal, ó al Cristo cual, despluman al espíritu santo.

En su circular dice lo siguiente, entre otras cosas:

«Población ha habido en que para socorrer indigentes ó mejorar las condiciones de un asilo benéfico, se han puesto en escena comedias ó dramas, llenos de chistes pornográficos y de tendencias nada santas en todos sentidos; y no ha mucho se ha verificado en una capital, que por no lastimar a persona alguna no nombramos, una función de toros, una lidia, que como espectáculo, de sangre en el que han tomado parte mujeres, conspítuye, según los informes que se nos han dado, un verdadero escándalo.»

Este buen señor, por meterse en todo, y nunca con la franqueza y valentía que debiera, desbarra siempre a mas y mejor.

Socorrer indigentes ó mejorar las condiciones de un asilo benéfico es obra pia y hermosa, empléense para ello los medios que se empleen.

El dinero para la caridad es sagrado, y no hay para qué preguntar su procedencia.

Así lo dicen las mayores autoridades de la Iglesia católica, con quienes está en pugna el arzobispo de Sevilla al decir eso que ha dicho: lo que prueba su olvido ó su ignorancia.

Esto es: un pobre cae desmayado, desfallecido, en el arroyo, y acude un alma buena a socorrerlo. No tiene con qué, y al ir a buscar lo que necesita, pasa por allí su eminencia, y en un raptu de desapresión, el alma buena le quita a su eminencia el anillo valioso que lleva, y al que las viejas le tienen tanta fe, corre con él, lo empuña, y con el dinero que le dan socorre al indigente y le da la vida... Esa obra, según los padres de la Iglesia, es una obra meritoria y digna de alabanza a los ojos de Dios.

Con que ya ve el señor Arzobispo de Sevilla cuán equivocado está al decir que al indigente ó al necesitado no se le puede socorrer con dineros sacados mediante diversiones públicas, sean éstas como sean.

Y es que el señor Arzobispo no ha tenido el valor de dirigirse a los cofrades católicos que viven engañando a la Corte Celestial, empeñando los administrículos y atributos de las imágenes y explotando la candidez é ignorancia humanas.

Ha querido referirse su eminencia a las cofradías religiosas sevillanas, que son las que han comerciado con las niñas toreras y los niños toreros, y por cierto con bastante descrédito para sus respectivos santos é imágenes, porque en todos esos espectáculos ha habido sensibles desgracias.

Así ha debido decirlo para no perjudicar a los indigentes. Porque, suponiendo que mañana se tratara de dar una corrida a beneficio de un hospital, ó una función de teatro en provecho de una fundación benéfica, si los que en ellas se ocuparan fueran católicos de teata, al enterarse de que su eminencia le ponía el veto ó lo vería con desagrado, desistirían de ello, perjudicando a la clase doliente.

Para ejercer la caridad sirve todo, todo el dinero que den, venga de donde venga.

Para costear fiestas paganas, poniendo en ridiculo la figura del Crucificado y vistiendo de mamarrachos a las imágenes que dicen venerar, para eso es para lo que su eminencia debiera de guardar toda clase de prohibiciones, admoniciones y exorcismos.

Y sigue diciendo el señor Arzobispo:

«Aparte de lo que tiene de desordenado el proceder de los organizadores de semejantes fiestas, es un agravio que infiere, una afrenta que arrojan al rostro de sus compatriotas, poniendo de manifiesto que nada esperan de su generosidad, de su desprendimiento y de su espíritu religioso, y que todo se lo prometen en cambio de su amor a los gozes, al placer, en aras del cual los juzgan capaces de sacrificar gustosos, aun a costa de sus pobres almas, lo que nunca darían para obras caritativas y santas; injuria, ultraje que si directamente y sin disimulo se hiciera a cualquier hombre de honor, lo heriría en lo más hondo del pecho.»

Eso mismo que critica—¡muy bien criticado por cierto!—en los demás, es lo que su eminencia ejecuta para sus fines particulares de ostentación.

¿Acaso no hacéis eso mismo, anunciándolo a diario, moviendo toda clase de resortes, para allegar compañía en su viaje a Roma en busca del capelo?

Prometéis, señor, a los que os acompañen toda clase de bienes espirituales, bien seguro de que los materiales para vos los quisiérais, si los pudiérais proporcionar.

No acudís, como exigís de los demás, al fervor religioso, y sin cuidar de herir en lo más hondo del pecho, uno y otro día recordáis la obligación que tienen los católicos sevillanos de llevar su dinero a Roma, cuando tanta falta hace aquí, y tantas desgracias hay que evitar, y tantas

lágrimas que enjugar, y tanta hambre que satisfacer.

¡Ah, señor! Confesad que no estáis iluminados por el espíritu divino ni por el espíritu sin di.

Leyendo un artículo de historia retrospectiva vengo en conocimiento de que el señor duque de Tetuán fué jefe de la casa real de don Amadeo de Saboya, rey que fué de España.

Pero... ¡es claro!

Como la lealtad de estos grandes hombres de la política española se arrienda como los pisos de las casas, él se ha colocado la papeleta en la levita a ver si a D.^a María se le antoja arrendarla.

¡Señor duque, ni sin tercio adelantado la quieren!

Se han puesto en moda, señores, todas las frases esdrújulas; ya nadie dice palabras dulces, que no ofrezcan duda, sino... atávicos, históricos, sociólogos, Porciuncula, antropólogos, indígenas, híbrido... Cuna de petulancia española, ¿querrá Dios que te sacudas, y escribas sencillamente y sin poner tanta música?...

Ya se sabe por qué algunos vecinos de Monteaquedo apalearon a un concejal de aquel Ayuntamiento.

Los vecinos susodichos eran hermanos políticos del cura, esto es, el cura está casado con una hermana de ellos, digo... no—¡qué barbaridad—al revés.

El concejal apaleado había votado la supresión de unas misas que pagaba el Ayuntamiento y el cura las cobraba, y... ¡de aquí los estacazos!

Lo de siempre.

¡El estómago santo resentido!

CARRASQUILLA.

El regalo de Caserta

Habíamos quedado en que León XIII es un pobrecito desheredado con veinte millones de pesetas de renta anuales.

Y que en una de sus tiaras, que perteneció a Julio II, tiene un brillante que vale en la actualidad once millones de pesetas.

Pero a los católicos fanáticos no les cabe en la cabeza eso de los tesoros pontificios y se esfuerzan a porfía en remediar los apuros de la exhausta caja papal, y ahora le ha tocado el turno al conde de Caserta, padre de nuestro príncipe de Asturias.

Los observadores sagaces, que nunca faltan, habían notado ya que Caserta, desde que su hijo sentó sus lares en el regio alcázar madrileño, empezó a mostrarse muy devoto y entusiasta de la silla apostólica y que tenía para el Vaticano inusitadas deferencias.

Prueba palmaria de que todo lo que se relacione con España y en ella influya ha de tener forzosamente marcado sabor pontificio.

Vivimos unidos al sacro carro de los papas y ellos nos llevarán hasta nuestra completa anulación como pueblo viril é independiente.

Por eso el regalo de Caserta no es una nota discordante ni mucho menos. Está muy en carácter con las tradiciones de familia y su espléndido donativo habrá repercutido desde Nápoles en Madrid, como aquel famoso beso de que nos habla Compañor.

Se trata de un topacio extraído de las minas del departamento brasileño de Minas-Geraes.

Esta preciosa piedra pesa la enormidad de 1,784 gramos; pero no radica su importancia, con ser mucha, en el valor intrínseco; lo que la hace más apetecible es el trabajo artístico que en ella se ha realizado.

Un lapidario, verdadera eminencia en su profesión, el profesor napolitano Andrés Carriello, exdirector del Museo de Nápoles, esculpió en el topacio la imagen de Cristo en el momento de celebrar su última cena.

Andrés Carriello ha invertido diez años de trabajo astúdu en terminar esta obra maestra, no sin haber gastado más de cuatrocientos mil francos en el polvo de diamante indispensable para la ejecución de su artística labor.

El topacio pertenecía a la casa de Borbón;

pero vicisitudes harto conocidas determinaron que pasara a ser propiedad del artista y luego a los herederos de éste, que pusieron la joya a disposición del conde de Caserta. Este señor, que todos sabemos carece de fortuna personal para adquirir joyas tan valiosas, ideó el medio de hacer con ella un espléndido regalo al Papa sin que a él le costase un céntimo. Y poniéndose de acuerdo con el arzobispo de Nápoles, monseñor Adami, constituyó un comité para que los fieles compren la joya y el conde de Caserta la regale.

Como se ve, el expediente imaginado por el antiguo carlista es cómodo y productivo.

Por un lado regala joyas al Papa con el dinero de los demás; por otro da pruebas palmarias, las más fehacientes para la Iglesia, de su religiosidad cooperando a engrosar el tesoro pontificio.

No sería difícil que la familia real española contribuyese con su óbolo para la adquisición del célebre topacio regalo del conde de Caserta.

Y la verdad es que sería muy oportuna esta generosidad de la monarquía ahora que bajan los cambios y suben nuestros valores en el extranjero. Así demostraríamos a Europa que no hemos olvidado el tributo eclesiástico de las primicias.

Y que no nos olvidamos del precario estado financiero del Papa.

Y que, a imitación del conde de Caserta, no falta entre nosotros quien sabe hacer regalos al pontífice con el dinero del pueblo.

Si no, ahí están los donativos secretos del Gobierno a Roma.

Que son regalos a lo Caserta.

ERASMO.

Mixtificación

Los clericales son siempre los mismos. Sus argumentos se repiten con monotonía insuperable. Ofician de fiscales, solicitando para la heraja, no las sanciones de la ley, sino las iras del poder. Invocan la libertad en favor y provecho de sus eternos enemigos. Recuerdan a los gobernantes que la Iglesia y las instituciones están, a la hora presente, a partir un piñón. Afirman que las congregaciones religiosas de ambos sexos vienen prestando a la sociedad española, en la enseñanza y la beneficencia, preciosos é inestimables servicios. Y en su virtud exhortan a las clases conservadoras a no dejarse seducir por los clamores del radicalismo ni imponer por sus pretendidas amenazas.

De todas las razones que se aducen en pró de la invasión monjil y frailuna, queda ya a la España actual una gran semejanza con la España de los Felipes, sólo la última entre las enumeradas reviste ciertas apariencias, aunque fajas y engañosas, de fundamento. Es curioso el contemplar cómo los ideales caducos, aun allí donde parecen reverdecer por desmayos de la historia, proclaman ellos mismos su incurable decrepitud. La vida contemplativa, el cuidado exclusivo de la salvación de las almas, ha sido en tiempos pasados el objeto único de los tocados de la gracia que renunciaban a las vanidades del siglo. Solo subordinada, accidentalmente ejercieron funciones pedagógicas ó benéficas. Hoy todo esto ha cambiado. La sociedad presente no se preocupa lo bastante de la otra vida para considerarse obligada a mantener institutos que impongan sólo a sus miembros la devota ociosidad de la oración. Las instituciones religiosas necesitan justificar su existencia por el título, más ó menos auténtico, de una función social. Y los mismos que a su defensa se consagran no invocan ya, como en pasados días, los bienes espirituales de la gracia santificante, sino la utilidad de supuestas gestiones y de presuntos servicios.

No negaremos nosotros que muchos de los religiosos de ambos sexos consagren hoy su actividad al desempeño retribuido de determinadas funciones. Ellos, al menos, así lo cuentan. Existen aún órdenes, reminiscencias del antiguo misticismo, de las cuales no saca la sociedad otro provecho sino el de ver a sus miembros andar descalzos por las calles si son varones, y si vírgenes del Señor, el de saborear el almíbar deleitoso, obra de sus manos sin mancha. Pero esas son ya las menos. Las más dicen ocuparse en obras benéficas ó educadoras. Y hay que creerlas. Lo único que importaría saber es si esas funciones sociales no podrían ser realizadas por los legos mejor y más barato. Que los religiosos no las desempeñen gratis, es notorio. Que las desempeñen bien, es archidiscutible. Y no hay alma cristiana que no dé por resuelto el problema con sólo pararse a considerar cuán otro estado de cultura supondría en nuestro país

el hecho de que fueran laicas y no religiosas las instituciones pedagógicas ó caritativas que han hallado medios para erigir esa enorme masa de edificios con que la reacción tiene ya como bloqueadas todas las capitales de España.

Porque pasa con este argumento de los servicios monásticos algo semejante a lo que acontece con los que se invocan en favor de las empresas ferroviarias. Los defensores de las compañías afectan suponer que, desapareciendo ellas, desaparecerían *ipso facto* y simultáneamente locomotoras, vagones, carriles, puentes, viaductos, túneles y estaciones, sin fijarse en que estamos aquí los españoles todos, representados por el Estado, que no pedimos otra cosa sino incautarnos del material móvil é inmóvil y librar a accionistas y obligacionistas de su angustiosa situación. Presentado de esa suerte la ruina de las empresas de los ferrocarriles sería un desastre nacional. En el fondo, lo que las tales empresas representan es el obstáculo insuperable para que los caminos de hierro presten al país los servicios que en otras manos prestarían. ¿No ocurre un poco de eso con los que a los institutos religiosos se atribuyen? Si se juzga que, a falta de ellos, lo que ellos hacen quedaría por hacer, aún podrá considerarse su existencia preciosa y hasta necesaria. ¿Pero es eso cierto? Si no hubiese escuelas del Sagrado Corazón, ¿faltaría quien enseñara a las señoritas de buenas familias (que así, por antonomasia, suele llamarse a las familias opulentas) un poquito de francés, un escrúpulo de música, una pizca de *sovenir vivre* y una mija de las labores de su sex? Si desapareciesen de improviso los colegios de jesuitas y escolapios, ¿no se encontraría en España quien metiera el *musa musa* en la mollera de nuestros aspirantes al bachillerato? Y así sucesivamente. De donde se infiere que, para juzgar de la utilidad de esas instituciones, no basta saber lo que hacen; hay que tener en cuenta también lo que no dejan hacer. Deducido esto de aquello, por una sencilla sustracción, acaso el rest resulte ser una cantidad negativa. Cuando más que, apurada la materia, bien podría suceder que, semejantes al perro del hortelano, muchos de estos institutos que no dejan hacer a los demás, no hagan en realidad cosa alguna.

Fuéramos solos en el planeta, sin relación con otros pueblos ni noticia de lo que pasa por el mundo, y aun cabría explicar el error. A poco que el lector discreto se tome la molestia de asomarse al Pirineo, el tal error le parecerá inexplicable. En ningún país civilizado, ni aun en aquellos cuya sinceridad y fervor religiosos pudieran servir de modelo a los creyentes de por acá, consiente la sociedad que las funciones de educación y de beneficencia tengan carácter confesional. En ninguna parte son los representantes de una creencia los que monopolizan la instrucción de las altas clases ó asumen la exclusiva de las obras de caridad. El laicismo se ha impuesto donde quiera. A despecho de los clamores y protestas de la reacción, el Estado ha reivindicado en todas las naciones cultas, a título de función pública, la educación de la infancia. Instituciones oficiales de beneficencia y previsión amparan ahora a la indigencia harto mejor y más dignamente que la amparó un día la sopa de los conventos. El espectáculo que hoy da al mundo civilizado la sociedad española retrogradando al pasado, caminito de la Edad Media, debe aparecer a los ojos del extranjero como un fenómeno de atavismo.

Hemos cometido un error, y nos urge recordarlo. No; aunque estuviésemos solos en el globo, sin contacto con nación alguna, no por eso sería disculpable el yerro, que consiste en remontar así la corriente de los tiempos. Bastaría, para rectificarle, que consultáramos nuestra historia. Los que ahora pretenden defender a nombre de la libertad la invasión ultramontana, parece que la han olvidado. Parece como si no supieran que el fanatismo religioso ó la intolerancia sectaria han sido las causas determinantes de nuestra degradación y nuestra ruina. Ellos labraron nuestra decadencia política. Ellos entronizaron y mantuvieron el despotismo. Ellos nos divorciaron del movimiento general de la civilización. Ellos hicieron a nuestro pueblo refractario a la libertad y al derecho. Ellos han deshonrado la memoria de la patria de la inquisición. Ellos han engendrado la leyenda sombría que aún produce nuestro descrédito. Quien tales cosas recuerde, como no ha de contemplar con profunda amargura confiada al espíritu ultramontano y levítico fuente de todos nuestros males, la dirección intelectual y moral de esa juventud que encarna el porvenir de la patria?

ALFREDO CALDERÓN.

De actualidad

Dicen de Valencia que en el puerto del Gra fundó el *Liguria*, siendo objeto de recibimiento entusiasta el duque de los Abruzzos. Saludóronle a bordo los ayudantes del comandante de Marina y capitán general.

Salieron los vapores del puerto empavesados, izando la bandera italiana.

La música del *Liguria* saludó a la bandera española con la Marcha Real.

El duque desembarcó y recibióle el Ayuntamiento en corporación.

En el salón de sesiones hubo recepción y discursos expresando simpatía.

El alcalde recordó que existe en Valencia un asilo de lactancia que fundó Amadeo.

El duque rectificó diciendo:—Lo fundó mi madre.

Rehusó el banquete que le ofrecían por tener que marchar mañana.

El ayuntamiento visitará mañana al *Liguria*.

Los concejales obsequiaronle con un álbum que tiene las fotografías de los monumentos de la ciudad.

En Bayona los amigos de Urzáiz obsequiaronle con un banquete. Limitóse a agradecerlo.

Solucionada la huelga de albañiles de Badajón.

Mañana se enviarán a que los firme el rey los decretos reorganizando los estudios de las escuelas especiales de ingenieros agrónomos y de montes.

En la primera quincena de Septiembre ha aumentado la recaudación en cerca de un millón de pesetas.

Las Aduanas presentan baja.

La *Correspondencia* publica extensa carta del general carlista Adelantado, lamentando que se pague con ingratitude los servicios que prestó al partido del pretendiente en los campos de batalla.

Revela las gestiones hechas a favor de un movimiento carlista, por encargo expreso del pretendiente en Mayo, en Venecia, en conferencias con los diputados carlistas.

Añade que cuando los sucesos se aproximaban, vino la desautorización, temeroso D. Carlos de abandonar a Loredan.

Jamás pidió auxilios a nadie. Lamenta haber sacrificado una brillante carrera militar a la defensa del carlismo.

Considérase desligado del partido.

Reta a los agentes de Bolsa de España a que digan si les ha hecho ganar alguna jugada, añadiendo la sospecha de que las jugadas hayan podido beneficiar al Pretendiente.

Termina ofreciendo poner en la picota a quienes lo deshonran, comenzando por D. Cesáreo Sanz y el marqués de Tamarit.

Marconi pasará una temporada en Spezia.

Cree resuelto el problema de la telegrafía sin hilos, afirmando que pueden transmitirse despachos en plena luz meridiana y al través de montes.

Propónese marchar al Canadá a establecer una estación de gran potencia.

En la marina italiana reina entusiasmo. Sesenta buques han adoptado el sistema.

El ministro ha ofrecido a Marconi los recursos que necesita.

Telegramas de Montpellier dicen que hinchando un globo el conde de Vaux, que va a hacer la travesía del Atlántico, notó que se enrojecía la caldera de la locomóvil que mueve el generador.

Destapada, hallóse la sin agua y repleta de carbón y acuífadas las válvulas.

El maquinista declaró que ignora quién la alimentó de combustible.

De haber estallado, hubiera causado numerosas víctimas.

Créese que se trata de un atentado.

En Benguella las tropas portuguesas mataron a Cambuca, jefe saque, dispersando a los rebeldes.

Ha terminado el sumario de la causa contra Cecilia Aznar. Pasan de 700 folios.

Inclán creará campos experimentales ambulantes para la extinción de la langosta.

Dícese que el duque de los Abruzzos irá a San Sebastián.

En Tordesillas celebróse una novillada. El primero volteó a *Machaca*, dándole cornadas en los muslos é ingle izquierda. Está grave.

El sobresaliente negósé a matar los restantes. Broncazo.

Intervino la benemérita y le puso preso.

Veragua ha declarado que la comisión encargada del estudio de la reconstrucción de la escuadra habrá terminado sus trabajos.

Siendo así redactará enseguida el proyecto para leerlo en la primera sesión de las Cortes.

El miedo de los cómicos

Marco de la escena, denomina el doctor Paul Hartenberg en un trabajo que publica la *Chronique Medicale*, al miedo que muchos cómicos experimentan al pasar las tablas ó al prepararse para presentar las obras.

El médico francés estima que esa impresión es una simple variedad de la timidez y ofrece síntomas análogos a los del miedo: angustia, opresión, palpitaciones, sudores fríos temblor, vómitos, confusión mental y otros efectos de descomposición orgánica.

La primera fase se manifiesta antes de la presentación, por medio de una impaciencia ansiosa, enervamiento, inquietud, deseos de acabar pronto, mal humor, irritabilidad.

El excedano de la compañía Francesca, Grot, compara esa emoción con la que sienten dos adversarios durante los preparativos de un duelo. Tal situación puede iniciarse, a veces quince días antes de su estreno. En los últimos días la emoción se agudiza como por agotamiento, para aumentar de manera extraordinaria la víspera y el día mismo del estreno. En éste el artista se trueca en hombre cólico é inabordable.

Blanca Pierson piensa muchas veces en un accidente imprevisto, en un incendio, en algo que le impida representar y saborea el placer que esa catástrofe le produciría.

Landró, del Gimnasio, para cobrar ánimos, mira frente a frente al público y mentalmente expresa la célebre frase que se atribuyó a Cambronne.

Blanca Pierson siente estremecimiento, sequedad en la voz, latidos frecuentes del corazón y vómitos que en muchas ocasiones le han impedido salir a escena con el traje que acababa de poner.

La Bartet sufre angustias, contracción torácica y epigástrica, palpitaciones, sudor frío, temblores y, sobre todo, gran opresión en la garganta.

El actor Worms experimenta palpitaciones del corazón y temblores musculares, especialmente en las piernas. La boca y la laringe se le secan hasta producir espasmos en la garganta.

Bouffé tenía que cambiar de camisa cada vez que salía de la escena en las noches de estreno, porque siempre la sacaba empapada en sudor frío.

A Favre se le helaban las manos bajo un sudor frío, con el que rociaba al apuntador cuando tenía que pasar por delante de la concha.

En los cantantes, el miedo determina en las notas altas un espasmo de las cuerdas bucales que hace suprimir el tono, en tanto que, por el contrario, provoca en las notas graves una debilidad que no produce sonido alguno al paso del aire.

Bajo la influencia del miedo el artista pierde algo de conciencia, de memoria, de atención y de dominio para accionar y emitir las palabras ó hablar y acciona como un autómatas, maquinalmente.

Got dice que en una ocasión, al abandonar la escena, «se olvidó de todo lo que acababa de suceder y se preguntaba si realmente había ya interpretado su papel.»

Rosa Depuy se retiró del teatro a la mitad de su carrera de éxitos, por el terror que la producía el hablar ante el público.

Los cómicos temen el *trac*, como ellos llaman al miedo; pero reconocen que cuando no es excesivo tiene muchas ventajas.

La emoción ligera—dicen—pone mejor en relieve lo poético. Gracia a la sobreexcitación, a la tensión nerviosa, el artista da a su papel, esa pequeña exageración del natural que es indispensable en el teatro: la emoción hace forzar la nota, presta calor a la voz, vigor al gesto, vivacidad al juego escénico y evita distracciones, aparte de impedirle ver lo que ocurre en la escena ó en las muchas que en muchas ocasiones, contemplándolo fríamente, le causarían profunda contrariedad y le desconcertaría. La prueba de que el *trac* es útil lo prueba el hecho de que, en general, la interpretación de las obras es mejor durante las primeras representaciones que al cabo de muchas.

Una observación curiosa apunta el doctor Hartenberg: la de que los trajes elegantes y ricos dan al artista más aplomo que cuando se viste con trajes modestos y pobres.

El miedo se presenta como una reacción amóvil, espontánea, ciega, irresistible, que sobreviene por el solo hecho de presentarse ante el público, como el vértigo se produce a la vista de un precipicio.

El artista teme caerse, perder la memoria, ponerse en ridículo y matar su reputación.

Ciertos cómicos disimulan el miedo apelando a determinados artificios. Sarah Bernhardt aprueba los dientes con violencia y las palabras salen con dificultad en forma áspera y martilleante, no recobrando su voz natural hasta que logra verse dueña de sí misma. De ese defecto Sarah ha hecho un sistema y lo ha impuesto.

De mi cartera

En el reparto social a cada individuo le toca su ración de infamia.